

Martes XXIV del TO
Ciclo B



17 de septiembre de 2024

1Cor 12, 12-14.27-31

Sal 99

Lc 7,11-17

P. Eduardo Suanzes, msp

Frecuentemente a Lucas le gusta narrar episodios de interés humano y aquí tenemos otro: el hijo único de una mujer que ha fallecido y, además, esta mujer es viuda, es decir, se queda sin recursos y su futuro, a partir de la muerte de este hijo, se presenta desolador. Ella ya ha probado de una manera cercana el sabor de la muerte: primero en su esposo, ahora en su hijo, su único hijo. Ahora ella no tiene esperanza alguna; ni corazón, ni vida, ni nada...Literalmente ahora su vida es como la de su hijo: enterrada en la nada y en el desconsuelo.

Con Jesús va una multitud y llega a la entrada de la ciudad de Naím pero se encuentra con otro grupo que sale con un muerto. Tal vez la mujer ni siquiera vio a Jesús y ni siquiera sabe quién es él. Lo único que sabe es que su hijo ha muerto y ahí está toda su atención. Pero Jesús camina, la ve, se compadece y le dice: «—*Ya no llores*». Me imagino que la pobre viuda diría para sí: « *pero ¿cómo puede este hombre invadir mi dolor y decirme eso?*», y seguramente hubiera querido refugiarse en su manto, ocultándose ante la invasión del desconocido. Ella todavía no lo sabe, pero su grito, su llanto obtiene su respuesta en esta invasión, pero misericordiosa, de Jesús.

Porque aquí Lucas nos está queriendo subrayar los sentimientos humanos que salen del corazón de Cristo. El dolor de la escena (que al salir de la ciudad es como si estuviera saliendo hacia Jesús, que está entrando) es como un pararrayos irresistible para la misericordia y la ternura de Jesús que hace que se desencadenen los acontecimientos. Al escuchar el llanto de la viuda frente al cuerpo inerte de su único hijo, Jesús no le dice: «—¿Tienes fe? ¿Crees que puedo resucitarlo? ». Ni siquiera la fe le pide. Con este relato de los acontecimientos Lucas nos está diciendo que el dolor humano es algo ante lo que el Corazón de Dios siempre se estremece y actúa. Es solo el dolor lo que Jesús tiene delante de sí y solo el dolor ha hecho que él se acercara. El dolor, nuestra cruz, es el pararrayos de la ternura de Dios. ¡Qué poco aprovechamos nuestro sufrimiento “creyentemente”!¹.

Pero continúa el evangelio diciendo que Jesús « *se acercó, tocó el féretro, y los portadores se detuvieron* ». Hay un detalle sugerente e importante que creo que es clave para entender lo que Lucas nos quiere decir. Dicen, los que saben de esto, que la palabra en griego que utiliza el evangelista para decir que *tocó* el féretro es más fuerte, en su significado, que el toque delicado, suave, de las traducciones que traen nuestros libros. Dicen los expertos, que viene de una palabra griega que es *epsato* (ἔψατο); y dicen que esta es una palabra muy fuerte que significa “*tomar para sí*” ..., como “*arrebatar algo*”. Es decir, que el tocar

¹ Cfr. ESTEBAN ROSADO, MSPS. *La viuda de Naím*. 27 de febrero de 2013

por parte de Jesús el féretro es una acción en la que se está diciendo que él toma para sí la muerte de aquel joven. Al tocar el féretro toca lo que separa la madre de su hijo: Jesús es el puente, es decir, el sacerdote misericordioso, que en sí mismo destruye el abismo que separa a la madre de su hijo..., y lo hace desaparecer.

Esto es lo que Jesús ha hecho con nosotros. Él ha muerto, porque nosotros morimos; él ha llorado porque nosotros lloramos; él ha sufrido porque nosotros sufrimos, para que tuvieran sentido nuestras muertes, nuestras heridas y nuestras lágrimas.

Hubo un dominico alemán, a caballo entre los siglos XIII y XIV, llamado Eckhart, que cayó en descrédito porque algunas de sus obras no eran muy ortodoxas. Pero tuvo algunas intuiciones profundas y sutiles que manifiestan un misticismo rico y vital, expresado en un lenguaje original. Eckhart habla de la chispa mística o centro del alma y punto de contacto con Dios no como algo estático e inerte sino como un “agente” vivo y dinámico. Este “agente” hace que Dios viva en el alma y el alma en Dios, y en consecuencia se encuentra en todas las personas. Pero en muchas ha perdido su vida, a través del pecado, y Dios está entonces “muerto” para esas almas. Pero el Padre le habla al alma en las palabras de Cristo quien hace que se levante de entre los muertos como el hijo de la viuda de Naím, y esa chispa de nuestro interior vuelve a la vida, recuperando su capacidad de “sentir” la presencia de Dios por el amor. Este “agente”, esa “chispa interior” es la semejanza de Cristo en el alma; es nuestro yo más íntimo, la vida espiritual del alma en Dios². Es lo que San Agustín escribe de su período e Milán antes de su conversión: «*Andaba yo en tinieblas y terreno resbaladizo y te buscaba a ti fuera de mí y no hallaba al Dios de mi corazón. Y había llegado a lo profundo del mar y perdido la esperanza de hallar la verdad*»³

Y entonces nos dice la palabra que: «*el muerto se incorporó y empezó a hablar. Jesús se lo entregó a su madre*». Empezó a hablar. ¿Qué diría? ¿Cuáles serían sus palabras? Pero más allá de la curiosidad por las palabras que habría dicho el muchacho, lo que nos sugiere Lucas con este dato de que el que estaba muerto habla, es que el mutismo, no es vida. Que no lo es lo mismo mutismo que silencio. Porque silencio quiere decir diálogo interno. El mutismo es aislamiento, no interesarse por los demás y por lo que está sucediendo. Una persona que entra en la vida tiene siempre algo que decir a la vida. Lo importante no es lo que dijo sino que habló y habló porque estaba vivo.

« *Todos quedaron sobrecogidos y daban gloria a Dios diciendo: —Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios se ha ocupado de su pueblo*». Lo que más les impacta es que Dios ha visitado a su pueblo. Por eso es clave para interpretar esta palabra y nuestra propia historia de salvación esta palabra: «Dios nos ha visitado». Hoy, en esta eucaristía Dios nos visita. Dejémosnos asombrar, hagámoslo en recuerdo Suyo.

² Cfr. ECKHART DE HOCHHEIM, *Obras alemanas: Tratados y Sermones*, traducción, introducción y notas de Ilse M. de Brugger, Edhasa, Barcelona 1983, *Sermón XLII, Adolescens, tibi dico: surge*, 606-607.

³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones VI, 1*